ÉPOCA IV — BARCELONA 22 DE MARZO DE 1916 — NÚMERO 295

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.°

Paquetes de 10 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

INSISTIENDO

La exteriorización del profundo malestar que aqueja a la clase trabajadora no cesa. Pasado el período morboso en Cataluña, Murcia y Valencia, aparece en Palencia y Logroño donde es proclamada la huelga general, siendo en la última capital citada, secundada por todos los oficios y con el cierre de todos los establecimientos,

Por cierto que al gobernador de la capital riojana se le ha ocurrido la gedeonada de declarar ilegal la huelga. ¿Y qué? ¿Acaso considera legal que el obrero se muera de hambre resignadamente?

El *ejemplar escarmiento* hecho por el Gobierno con los huelguistas de La Unión, no ha sido bastante eficaz para atemorizar a los trabajadores de otras regiones. Y es que el hambre salta por encima de todos los obstáculos que quieran oponerse a su exteriorización y no se acalla con cargas policiacas ni de la guardia civil, sino con el abaratamiento de las subsistencias, volviendo al precio que tenían antes de la guerra, o con el aumento de los jornales en proporción al encarecimiento de aquéllas.

Y no pretendan los gobernantes dar vueltas al tan manoseado tópico de los agitadores profesionales.

Aquí, en el actual movimiento no hay más agitador ni más elemento revolucionario que el hambre, y esto ya es lo bastante para producir el estado de convulsión que se viene desarrollando en España y que de haber podido dársele unificación hubiera dado al traste con muchas cosas que el Gobierno y la burguesía tienen interés en conservar.

Hemos de insistir hoy en lo que decíamos en el número anterior. El malestar y el espíritu revolucionario son generales, y todos los trabajadores han manifestado deseos de recurrir hasta a los medios más extremos para acabar con este estado de cosas.

¿Qué falta, pues, para que no resulten estériles los esfuerzos realizados? Ya lo expresábamos también. Unidad en la acción.

Y al volver hoy sobre lo mismo lo hacemos porque estamos seguros de que el malestar ha de ir agravándose al extremo de que hasta los más timoratos se verán obligados a defender su derecho a la vida, y entonces será cosa triste que puedan repetirse impunemente los atropellos de Cataluña y las matanzas de La Unión y Logroño.

Y para que esto no ocurra es preciso no perder el tiempo e inteligenciarse todos los trabajadores, estableciendo un tacto de codos para que cuando la avaricia burguesa o la insensatez autoritaria obliguen al pueblo a defenderse, sepa hacerlo con aquella dignidad de que tantos ejemplos tiene dados el proletariado mundial.

Los trabajos para esta unificación ya han empezado. Si los resultados son fructíferos, como no pueden menos de ser, podemos desear que la provocación, el choque revolucionario llegue cuanto antes, en la seguridad de que el triunfo será de los trabajadores, como ya lo hubiera sido ahora si en vez de producirse chispazos aislados se hubiera desatado el volcán de la indignación popular.

Cuando el momento llegue, nada de desconfianzas ridículas, pero sin caer en confianzas ciegas, pues no faltarán los desaprensivos lacayos de los personajes políticos que sirvan los intereses de sus amos antes que los de sus compañeros.

La intervención de los políticos y muy señaladamente de los radicales en el movimiento de 1911, es un dato que debe servirnos de provechosa lección, pues entonces como hoy no les faltarán ambiciosos que fingiéndose militantes desinteresados, no son otra cosa que delegados de sus jefes.

Los momentos que se aproximan pueden serlo de prueba. Sepamos los anarquistas colocarnos a la altura de las circunstancias.

Dogmas políticos

La política es el arte de gobernar a los pueblos. Desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, los «artistas» que han logrado imponerse a sus semejantes, han practicado una de las formas generales que abarcan toda clase de gobierno: la despótica, la oligarquía y la democracia. El despotismo es la organización en la que un individuo gobierna a su antojo y siguiendo los impulsos de su capricho, viniendo a ser dicha organización la negación más rotunda y franca de la libertad. La oligarquía es el gobierno de unos pocos, sea por derecho propio, sea por derecho adquirido mediante elección; pero estos pocos asumen la representación de muchos, le imponen leyes que les obligan a obrar de tal o cual manera, y aun en los casos más favorables se convierten forzosamente de representantes en opresores; la oligarquía es, pues, también la negación de la libertad. En cuanto a la democracia, que supone el gobierno de la mayoría, es una verdadera utopía, puesto que el arte de gobernar es tan engorroso como deletereo, y si la mayoría del pueblo tuviera que cuidarse de atender a un arte tan complicado, tendría que desatender a los demás trabajos, resultando de ello que en las democracias las mayorías tienen que hacerse representar por unos cuantos «artistas», de oficio gobernantes, que elaboran leyes y crean policía para hacerlas observar, convirtiéndose toda democracia en oligarquía encubierta, y siendo, por tanto, un sistema contrario a la libertad.

A la idea de justicia va anexa la idea de Libertad. Todos los dogmas políticos son contrarios a la idea de Libertad; luego todos los dogmas políticos son contrarios a la idea de Justicia.

También es contraria la política a la Ciencia, puesto que ésta nos enseña que las tendencias de los individuos son variables en razón de su organismo, y la política, lejos de poder atender a esta infinita variedad, que sólo es atendible con la «no oposición», procura, por el contrario, unificar y regular los actos, hollando por completo las iniciativas y las actividades.

Por último, la autoridad política es contraria a la Naturaleza, que exige que todas las entidades órgánicas, minerales y organizadas, se muevan en perfecta autonomía para realizar las combinaciones que les corresponden en razón de su constitución íntima. Además, la naturaleza humana es contraria a las impresiones, por más que el egoísmo humano trate a veces de abusar de ellas. Pero aquellos mismos que más han proclamado el principio de autoridad para poderlo ejercer, han sido los primeros en darnos la razón en cuanto se han visto en el caso de sufrir sus consecuencias.

Hablen si no, el ejemplo de Alcibiades en la república ateniense, y el de Coriolano en la antigua Roma; amigos del pueblo mientras éste les ha mimado y obedecido, han vuelto airados sus armas contra su país en cuanto se han visto caídos y obligados a aceptar la autoridad de otros por verse reducidos al papel de simples ciudadanos. Hable también toda esa epopeya de luchas sostenidas por el feudalismo con las monarquías; esos poderosos señores, tan celosos de su absoluta autoridad, que les proporcionaba diezmos, primicias y hasta el derecho asqueroso de pernada, revolvíanse airados contra el poder real, que quería a su vez hacerles sentir el yugo del principio autoritario. Y sin ir más lejos, en los tiempos modernos, la constante indisciplina de todos los países, demuestra que los «artistas de gobierno» tienen tanto afán de gobernar como pocas ganas de ser gobernados. Ellos son los primeros en demostrar que todo dogma político es contrario a la Naturaleza.

Pues si todo dogma político es contrario a la Justicia, a la Ciencia y a la Naturaleza, la teoría revolucionaria que pretenda estar conforme con estos tres principios, deberá empezar por prescindir de todo dogma político, o lo que es lo mismo, declararse anárquica.

LA REVOLUCIÓN

En la evolución de las sociedades humanas, en la transformación de los sistemas y en el cambio de las instituciones, surgen los grandes movimientos de la Historia que señalan la ruta del porvenir; que nos aleccionan para las luchas y nos dan bases para la organización.

Las revoluciones no son hijas de este o aquel capricho, sino que son la necesidad que siente todo cuerpo humano, social o cósmico, de efectuar un sacudimiento en sus células para transformar las bases de su vida. Esto se opera en los cuerpos y en los espíritus; esto lo mismo pasa referente a la estructura orgánica, como en su concepto moral.

Y no siendo las revoluciones consecuencia de un capricho sino de causas hondas, hay que procurar desarrollar el espíritu revolucionario en las multitudes, para que éstas puedan obrar de acuerdo con los nuevos aires de renovación.

Toda revolución ha sido obra de un deseo y de una necesidad: el deseo de las minorías revolucionarias de abrir nuevos senderos al progreso humano y la necesidad que se siente en todas las clases sociales, puesto que hasta las clases burguesa y aristócrata, ya se dan cuenta de que lo que tienen en sus manos es un cadáver; me refiero al régimen social.

El fracaso está patente en todas partes. El problema social que es ante todo un problema humano, no encuentra solución en los cánones legales del Estado, porque el Estado es negación absoluta de vida, de libertad, de belleza...

Después de efectuadas tantas revoluciones en pro de la libertad, nunca han sabido o no han querido los revolucionarios darnos las libertades sino envueltas en una organización que de hecho mataba aquello que se había conquistado. El Estado fué la base de todas las organizaciones viejas hasta nuestros días y aunque el Estado haya fracasado completamente, él persiste en vivir. Así lo ha hecho a través de su historia. Nació con aquel cataclismo social que hoy se llama la Gran Revolución y fracasó al nacer como antes había ocurrido en Inglaterra después de la revolución parlamentaria; de fracaso le ha servido la revolución de 1830 y de 1848 y así hasta nuestros días.

Pero el Estado se cree fuerte y con potencia propia, cuando aparece en escena el anarquismo.

Como consecuencia de la represión de la Comune y de La Internacional, el Estado se creyó ser dueño absoluto del pasado y evitar todo paso hacia el porvenir. Entonces aparece el anarquismo abriéndose paso a golpes de piqueta. Después... nuestra filosofía, nuestro arte, nuestra sociología, triunfaban en el Ateneo, en la Universidad, en el Centro de Cultura y hasta en el Teatro.

Desde entonces el Estado, el Parlamento, la Magistratura y toda la organización burguesa, está en bancarrota, lo mismo en lo económico que en lo político, lo mismo en lo jurídico que en lo social.

La huelga general y las represiones sangrientas actuales en Barcelona, en La Unión, en Valencia, en Logroño, dicen a gritos que nadie sabe a dónde va.

Se habla de rebajar las subsistencias y es falso, porque no hay rebaja posible; solo la carestía se puede aminorar tratando siempre de mantener el alza de los salarios. Pero nada más.

Así es la situación económica; el desbarajuste político demuestra que el Estado está en descomposición; la nulidad del Parlamento está patente cuando sus sesiones se convierten en una batahola, porque sus componentes carecen de ideas y obran sujetos a las sugestiones del momento, votan leyes incoherentes de la misma forma que los jurados pronuncian veredictos absurdos. y así toda la organización social.

Pero todavía no es hora...

ANTONIO LOREDO

Logroño, marzo 1916.

La nostalgia de sangre

El partido liberal es un partido sangriento, inhumano. Cuando en la oposición no puede disponer de la vida de los demás, excita al Gobierno para que lance al pueblo a la guerra, publicando artículos como «Neutralidades que matan»; pero cuando ocupa el poder ya no tiene necesidad de conflictos europeos, porque la vida de los ciudadanos está a merced suya.

Es un partido que siente la nostalgia de la sangre.

En la etapa del funesto Canalejas, todos recordarán cuanto costó arrancar al verdugo la víctima de los sucesos de Cullera.

A pesar de esto, creíamos que ahora se conformaría con los muertos y heridos de La Unión, pero nos hemos engañado. El principio de autoridad ha de flotar siempre sobre el llanto y la desolación y otra vez ha causado nuevas víctimas en Logroño.

Una vez más se ha dado el criminal espectáculo de que al pueblo hambriento se le ametralle. Una vez más los gobernantes se han manchado de sangre, de la sangre generosa de los trabajadores. Una vez más el pueblo productor, el creador de todas las riquezas, de todas las maravillas, ha visto recompensados sus esfuerzos con la metralla.

El camino de la emancipación del proletariado está lleno de sangre derramada en holocausto al moloch capitalista y al principio de autoridad.

Un muerto y varios heridos graves dicen los telegramas que ha habido en Logroño.

¿Y quién acaba con el Gobierno, con los gobiernos que son los únicos causantes del conflicto creado por el encarecimiento de las subsistencias? ¿Quién lleva a la barra a los que no pueden o no quieren impedir el criminal robo de los grandes acaparadores?

Los gobiernos, en vez de impedir, han protegido estos agios escandalosos y al tocarse las consecuencias de ello todavía se ensañan con las víctimas de su ineptitud o de sus concupiscencias.

¿Hasta cuándo, pueblo trabajador, hemos de tolerar estos desmanes? ¿Hasta cuándo va a durar que los más viles, los más inmorales, los que jamás han hecho nada que pueda ser útil a la humanidad, dispongan a mansalva de la vida de los que todo lo producen?

¿Hasta cuándo, compañeros, hasta cuando?

¿Dónde están los farsantes que cuando os piden el voto os dicen que son los fieles defensores de vuestros derechos? Preguntadles si en un siglo de parlamentarismo os han conquistado, ni siquiera defendido más derechos que el derecho a la miseria.

¡Ah, sí! Nos han conquistado y defendido el derecho de nombrarnos los tiranos que más tarde ordenarán asesinar a los mismos que les encumbraron.

Estos «defensores» del pueblo no pueden estar ahora al lado de los que mueren proclamando, ¡oh, ironía! el derecho a la vida, porque están preparando la campaña electoral en sórdida colaboración con los asesinos del pueblo. Porque en política, no lo dudéis, sólo son diferentes las etiquetas.

Las matanzas a tiros en Logroño y en La Unión, ¿nos servirán de lección?

¡REBELÉMONOS!

Es una gran verdad aquello de que España es el país de las paradojas. España es como una caverna, en cuyas entrañas se cobijan huraños los buhos y los fariseos. España es el hotel donde gratuitamente y con el sudor del obrero se hospeda toda la gusanería social. Es el Estado de los políticos famélicos, es la patria de los gobiernos nefandos... ¡Rebelémonos!, rebelémonos contra esa comparsa monstruosa, opresora del proletariado, rémora del progreso, usurpadora del patrimonio popular...

Es totalmente vergonzoso y repugnante vivir en un país gobernado por arlequines; ya no queda en el manejo de esta nación humillada y moribunda, ni un solo hombre vigoroso y activo capaz de regenerar el espíritu aletargado, acometiendo ese estado de postración y vilipendio y curar de una vez la crónica enfermedad que padecemos.

En el famoso Palacio de las Cortes, lugar donde los mercaderes del pueblo hacen los grandes convenios de la producción de sus «reses» y se fabrican las fúnebres leyes que nos oprimen y nos ahogan, allí se ha confirmado la ineficacia de los prohombres que nos dirigen.

El diabólico Gobierno Conservador, presidido por el moderno sociólogo señor Dato, aferrado en los facinerosos procedimientos absolutistas e intransigente en su pérfida y despótica dictadura, antes que atender las apremiantes necesidades por que atraviesa el país, consiente abandonar sus escaños y retirarse cabizbajo cual un vociferador exótico huyendo de las imprecaciones de la turba.

Y así, en medio de esta situación denigrante, es cuando la mayoría de nuestros diputados, los portavoces de la colectividad, en vez de exigir—no implorar—sería y enérgicamente del poder ejecutivo la promulgación y cumplimiento de una fórmula concordada bajo las aspiraciones del pueblo, los vemos discutir flemáticamente unos los proyectos del ejército que más tarde han de ser la desolación de España, el desespero de las madres y la conglomeración de seres enfermizos y mutilados

Otros se complacen dilucidando sobre política internacional; algunos prodigando alabanzas al rey, y no ha faltado hasta quien más desahogado ha osado levantarse en pleno Parlamento a ensalzar y defender a la virgen del Pilar. ¡Qué vergüenza!

En esta España de pandereta y de montera, de frailes y de gazapos, de gárrulos y de holgazanes, de miseria y de ignorancia, de fusiles y de cadalsos, no es posible dar un paso adelante sin tropezar con un enigma...

Seguid, seguid señores comediantes, dignos sucesores de las históricas farándulas, fieles representantes de la farsa y de la mitología; seguid por ese camino de fanfarria y de hojarasca; exaltando a los reyes y glorificando a los santos es como prosperan los pueblos; por eso el progreso en España se halla a tan elevadas alturas.

España se está convirtiendo en una cábila; la constitución no existe; los propios gobernantes son los primeros que quebrantan sus leyes; ya no se respetan derechos, ni se atienden necesidades, ni la razón se admite, ni la dignidad se aprecia, ni la conciencia palpita... no más se respeta el Código. Con el Código en la mano se manda un hombre a la horca, sólo porque así lo dispone aquel libro. Y este es el gran modo de llevar a la cárcel y al presidio millares de obreros por el «grave»